

RELATO CORTO

LA LUZ QUE NO EMITEN LAS PANTALLAS

No me había quitado el abrigo antes de que la primera alarma del día comenzase a sonar. En la unidad ya se percibía el olor a café recién hecho y a ese cansancio antiguo que recorre los pasillos después de un duro turno de noche. Hacía semanas que un nuevo sistema de monitorización inteligente convivía con nosotros y aún teníamos la duda de si éste nos ayudaba o quizás ... nos escrutaba.

- ¿Has visto esto, Víctor? – me preguntó Nuria mientras entraba en el despacho y me enseñaba su tablet.

En la pantalla pude leer un mensaje en rojo: *“Indicadores de desgaste emocional elevado. Recomendación: pausa supervisada”*

Ella sonrió restándole importancia, pero la lectura de sus ojos me transmitía otra cosa.

- Nuria, es sólo un algoritmo – dije –. Lo realmente importante es cómo te sientes tú.

No respondió. Un nuevo aviso nos interrumpió: *“Paciente C132. Patrón respiratorio ineficaz. Descenso de la saturación de oxígeno. Riesgo moderado-alto”*

Acompañé a Nuria a la habitación. La paciente, una mujer mayor con insuficiencia respiratoria, tenía su mirada azul perdida en el techo. Los sensores habían actuado antes de que ella sintiese el ahogo. La tecnología ya había hecho su parte, ahora nos tocaba a nosotros.

- Buenos días. Soy Víctor, supervisor de la unidad – dije mientras daba tiempo a Nuria a que ajustase la mascarilla de la paciente.

La mujer me agarró la muñeca con una fuerza sorprendente para su aparente delicadeza.

- No me deje sola – susurró.

Esa mano fría y ese miedo sincero no aparecían en ningún panel de control. No había un algoritmo que midiese lo que ocurre cuando una persona te entrega su verdadera fragilidad.

Nos quedamos allí hasta que Nuria consiguió que la paciente recuperase la calma y que su respiración volviese a la normalidad en el ritmo. Después salimos al pasillo en silencio.

- El sistema ha avisado antes que yo – dijo ella.
- Si – respondí – pero quien ha conseguido calmarla has sido tú. La tecnología nos anticipa, pero eres tú con tu presencia la que acompaña.

A media mañana había decidido convocar una reunión improvisada con el personal presente en la planta. Las nuevas herramientas estaban generando inquietudes: sensores que analizaban patrones emocionales, algoritmos que predecían eventos o pantallas que mostraban nuestra fatiga.

- Siento que me vigilan – dijo Vanesa, una de las enfermeras más solventes y veteranas – Como si cada gesto estuviese siendo evaluado por algo que no me conoce.
- No es vigilancia, – expliqué – es apoyo. La tecnología detecta aquellas señales que el cansancio nos hace pasar por alto. Pero la responsabilidad del cuidado sigue siendo nuestra.
- ¿Y si un día la máquina dice que no soy válida para trabajar? – preguntó Nuria con su característica voz tranquila.

Sabía que ese miedo circulaba por la unidad.

- Ninguna pantalla puede decidir tu valor – respondí –. Eso lo demuestra cada turno que sacas adelante y cada paciente que, con su vulnerabilidad, confía en ti. Las herramientas están para ayudarnos, nunca para sustituirnos.

Vanesa se cruzó de brazos, pensativa.

- Entonces enseñaremos a estas máquinas cómo cuidamos, para que aprendan y no lo olviden.

Su interior gritaba en rebeldía y no pude evitar sonreír. Tal vez ese era el enfoque que necesitábamos. No competir con la tecnología, sino educarla desde la humanización.

Pasado el mediodía, recibimos un nuevo aviso: *“Paciente C125. Retraso en la administración de analgesia. Riesgo moderado.”*

Me acerqué a la habitación. La paciente esperaba incómoda. Nuria llegó unos segundos después con gesto preocupado.

- Se me han juntado varias cosas a la vez – se disculpó.
- Tranquila. Lo sé – le dije –. Vamos a solucionarlo.

Tras administrar la medicación y comprobar su evolución, salimos al pasillo. Nuria se frotó la frente.

- Siento que trabajo para la máquina – dijo con gesto preocupado.
- No trabajas para ella. Ella trabaja para ti. Y cuando el sistema no llega, llegas tú – sujeté sus manos con las mías y mirándola fijamente a los ojos intentando transmitirle toda mi serenidad, le dije – Siempre llegas tú.

Nuria respiró hondo y algo más tranquila continuó trabajando.

La tarde avanzó con la calma aparente que sólo un hospital conoce. Mientras estaba sentado frente al ordenador revisando el cuadro de mando y los últimos indicadores asistenciales publicados, un mensaje inesperado apareció en mi propia tablet: *“Supervisor: nivel de sobrecarga emocional creciente.”*

Me reí. No porque fuera falso, sino porque me hizo recordar algo. Había estado todo el día cuidando del equipo y el nuevo sistema – ese ente silencioso – indicaba lo que yo mismo llevaba ignorando semanas.

- ¿Estás bien? – preguntó Vanesa desde el umbral de la puerta.
- La máquina considera que necesito unas vacaciones – bromeé.

Ella negó con la cabeza.

- No necesitas una máquina para saberlo. Llevas semanas apagando fuegos que no ves venir – callé. A veces, los profesionales somos los últimos en reconocernos vulnerables.
- No te preocupes. – añadió ella – No te vamos a dejar caer.

Su frase me devolvió algo que no aparecía en ningún protocolo, la realidad de que también nosotros necesitamos cuidados.

Antes de finalizar e irme a casa, di una última vuelta por la unidad. Las luces estaban más tenues, los monitores seguían vigilantes, como si el hospital respirara con un aire distinto y nunca durmiera.

Vi a Nuria hablando con María, la paciente de la habitación C132 que había marcado el inicio de aquella jornada. No estaba ajustando medicación ni revisando constantes. Sólo la escuchaba, sentada a su lado, con la calma de quien entiende que a veces el cuidado no requiere tecnología, sino presencia.

Ese gesto y esa conexión no lo registra ninguna pantalla, pero es ahí donde reside y ocurre la verdadera esencia del cuidado.

Me quedé observando unos segundos y pensé. *“La tecnología salva segundos, pero nosotros salvamos sentidos”.*

Cuando salí del despacho y apagué la pantalla del ordenador, todo estaba en silencio. Mientras dejaba la unidad, entendí que esta nueva era no la definía la inteligencia artificial, sino la inteligencia emocional de quienes trabajamos con ella. Porque, pese a los algoritmos y pantallas...

**Lo que sostiene los cuidados sigue siendo lo mismo de siempre...
UNA PERSONA FRENTE A OTRA.**